CARMEN MARTÍN GAITE

y el collage: un diario en libertad

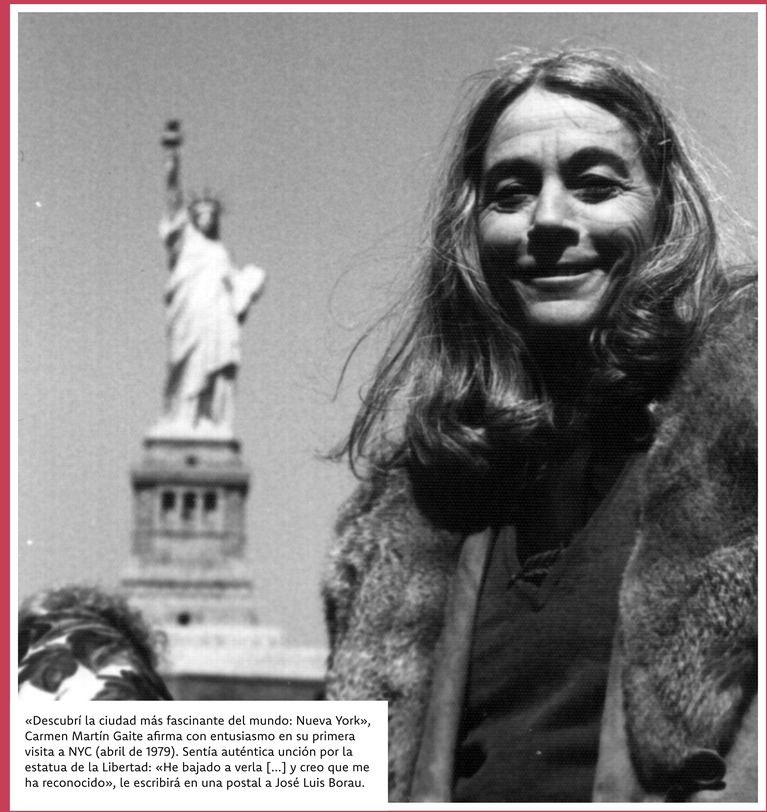
Casa del Lector
Exposición

Visión de Nueva York es un diario visualmente divertido, pero no se debe confundir con un simple divertimento. Al menos en cuatro ocasiones Carmen Martín Gaite alude a él a lo largo de toda su obra: en *Desde la ventana*, en *Cuadernos de todo* y en dos conferencias editadas recientemente en *De viva voz*: «Edward Hopper. *Habitación de hotel*: el punto de vista» (1996) y «La libertad como símbolo» (1997). Por ello, no era un cuaderno que tuviera encerrado en el olvido de los pasatiempos, sino en el taller de las especulaciones. Cualquier referencia a este libro de *collages*, microrrelatos y breves comentarios coincide en plasmar un desafío muy concreto: cómo contar lo inabarcable, cuando en Nueva York las imágenes corren más deprisa que las palabras y las desplazan. Por ello, Carmen Martín Gaite desconfía de los diarios tradicionales que pretenden poner en orden las fechas.

Visión de Nueva York es una especulación sobre cómo rescatar el rostro del tiempo con palabras e imágenes en movimiento, porque el rostro verdadero de las cosas —verdadero en el sentido de complejo— está compuesto de múltiples colores y velocidades cambiantes. Los diferentes puntos de observación son en Martín Gaite un modo de acercarse a la verdad inasible, para desbaratarla e iluminarla al mismo tiempo. Es fundamental saber que Carmen estuvo elaborando este cuaderno de *collages*, mientras no encontraba el modo de poner fin a uno de los ensayos más lúcidos de la literatura contemporánea sobre la narración abierta: *El cuento de nunca acabar (apuntes sobre la narración, el amor y la mentira)*. Este fue el contexto estético y el momento de su taller literario en el que se enmarca el experimento de *Visión de Nueva York*: cómo convertir en narración el ritmo vertiginoso, cambiante y simultáneo de lo que se perfilaba ante sus ojos y su memoria durante el periplo americano del otoño de 1980, que la llevará desde Manhattan a Los Ángeles, ciudad donde recibirá el Año Nuevo con pantalones vaqueros.

Los recortes y anotaciones de este diario visual responden a su afán de abarcar simultáneamente lo concreto y lo abstracto, lo usual e inusual. Si la palabra oral es el modelo comunicativo dominante en el resto de su obra, en *Visión de Nueva York* la palabra se doblega ante la imagen y se materializa en clave de *pop-art*, favorecedora del humor que como la fantasía tendrá en Martín Gaite un efecto distanciador y rectificador. El humor no impide —siempre ocurre en su obra— destellos de veracidad moral. *Visión de Nueva York* confirma la naturaleza dialógica de toda la escritura de Martín Gaite, ya que está dirigido a interlocutores múltiples y ausentes: desde su amigo Ignacio Álvarez Vara a Edward Hopper, pasando por Diego Lara y llegando a su hija Marta, a quien terminó regalándoselo (quizá por esta razón nunca quiso publicarlo en vida). El punto de observación dominante de este «cuento roto» es el del narrador testigo. Me atrevería a decir que *Visión de Nueva York* es la historia de Carmen Martín Gaite con las ventanas más abiertas o encristaladas. Como en los cuadros de Hopper sus ventanas se asemejan a ojos que muestran, ocultan y parpadean. La narradora testigo, sin perder detalle ni la curiosidad que siempre la caracterizó, se aventura a cazar instantes por las calles de la Gran Manzana y también se las arregla para encontrar una ranura por donde asomarse al interior de su apartamento alquilado de la calle West 119, para así contemplarse o desdoblarse en representación pictórica. Una autorrepresentación que tanto nos recuerda a los habitantes sonámbulos que pueblan los cuadros de Hopper: «Yo misma soy como una mujer de un cuadro de Hopper comiéndome una manzana en soledad». Para el lector atento (en este caso, espectador) de Carmen Martín Gaite esta serie de *collages* está continuamente tejiendo hilos. Los hilos procedentes de los carretes del pasado (desde aquella tarde de 1974 en la que vio por primera vez un cuadro de Hopper en casa de Ignacio Álvarez Vara) se enhebran con los proyectos futuros y con el vértigo de imágenes de su presente inmediato. El tejido resultante entre unos y otros es también un diálogo consigo misma. Hilo, tejido y texto son siempre en Martín Gaite la historia de un encuentro.

Sirva de ejemplo la lectura de *Una habitación propia* del que resultará uno de los más hermosos *collages* del libro, «Homenaje a Virginia Woolf», que prefigura la Introducción a *Desde la ventana. Enfoque femenino de la literatura española* y nos retrotrae al verano de 1980, en el despacho de su padre de El Boalo, cuando traduce *Al faro*. Al mismo tiempo, asistimos a la prefiguración de «Todo es un cuento roto en Nueva York» (el poema de 1983 sobre la historia de una mujer huidiza que termina refugiándose en un cuadro del Museo Whitney) y a la del personaje Gloria Star (la abuela de Sara Allen en *Caperucita en Manhattan*) a través del descenso de la narradora al recuerdo de un estribillo de su infancia que cantaba una tal Merceditas Llofriú en una compañía de teatro infantil que pasaba por Salamanca: «*Soñé que era una artista singular / que estaba trabajando en Nueva York / soñé que me aplaudían sin cesar / con Mickey, con la Betty y con Charlot*». Carmen Martín Gaite se sintió quizá, por primera vez, una artista singular deambulando, dando conferencias y siendo reconocida por el público universitario norteamericano. Y eso se le notó hasta en su aspecto físico: rejuveneció.



«Descubrí la ciudad más fascinante del mundo: Nueva York», Carmen Martín Gaite afirma con entusiasmo en su primera visita a NYC (abril de 1979). Sentía auténtica unción por la estatua de la Libertad: «He bajado a verla [...] y creo que me ha reconocido», le escribirá en una postal a José Luis Borau.

En *Visión de Nueva York* el punto de vista dominante del espectador se combina con su memoria episódica para sacar a flote un material fragmentario y en continua mudanza en el que cuadran mal las nociones de principio y final, aunque en el caso de Martín Gaite las obras inacabadas son a veces las más acabadas. Baste citar *El cuento de nunca acabar*, «El otoño de Poughkeepsie» o *Los parentescos* donde la muerte, como urgencia argumental ineludible, tuvo que recordarle el final contingente y realmente innecesario de toda narración.

JOSE TERUEL.
COMISARIO DE LA EXPOSICIÓN

Carmen Martín Gaite nació en Salamanca un soleado mediodía del 8 de diciembre de 1925. Hasta los 10 años no fue al colegio, ya que su padre de ideas liberales no era partidario de la educación de sus hijas en un centro religioso. En octubre del fatídico 1936, comenzó su bachillerato en el Instituto Femenino de Salamanca (la coeducación quedó prohibida) y el proyecto de ir a estudiar en el Instituto Escuela de Madrid quedó truncado, como tantos otros, por la Guerra Civil.

A pesar del inhóspito caserón del instituto, descrito en *Entre visillos*, y de que no era «de buen tono» para las chicas de la mesocracia provinciana estudiar en un centro público, la valoración de Carmen Martín Gaite sobre esta experiencia educativa fue rotunda: «Me permitió conocer ambientes distintos al de mi casa, que era tranquilo, burgués, sosegado. El instituto me sacudió. Bendigo el día que pisé el instituto», donde fue además alumna de dos profesores de la talla intelectual de Salvador Fernández Ramírez y Rafael Lapesa, a los que debió su definitiva vocación por la literatura.

El 19 de octubre de 1943, con 17 años, Martín Gaite comenzó su primer curso en la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Salamanca, donde terminará licenciándose en la especialidad de Filología Románica en junio de 1948. Uno de sus compañeros de facultad fue Ignacio Aldecoa, el «amigo, *que más ha influido en mi vida*».

En noviembre de 1948, se trasladó a Madrid para hacer el doctorado, pero su vocación universitaria se hizo trizas al reencontrase con Aldecoa y a través de él con un nuevo grupo de amigos: Rafael Sánchez Ferlosio, Alfonso Sastre, Jesús Fernández Santos, entre otros —malos estudiantes, pero buenos escritores, y mucho más estimulantes que los profesores de la Universidad de Madrid—. Con ellos formará *Revista Española* (1953-1955), núcleo del grupo de prosistas madrileños de la llamada generación de los años 50.

En octubre de 1953 se casó con Sánchez Ferlosio, con quien tuvo dos hijos fallecidos prematuramente y del que se separará en octubre de 1970. En 1954 obtuvo el Premio Café Gijón por su novela corta *El balneario* y en 1958 recibió el Premio Nadal por *Entre visillos*, que significó su espaldarazo literario. Tras la publicación de su siguiente novela *Ritmo lento*, finalista del Premio Biblioteca Breve de 1962, se produjo un silencio en su práctica de la ficción y sintió la llamada del ensayo. Se adentró entonces en la investigación histórica del siglo XVIII, la centuria denostado por la historiografía oficial, que dará dos importantes frutos en su carrera de escritora: *El proceso de Macanaz* (1969) y *Usos amorosos del dieciocho en España* (1972).

El decenio entre 1973 y 1983 fue el más fecundo en su trayectoria: publica *La búsqueda de interlocutor* (1973), *Retahílas* (1974), *Fragmentos de interior* (1976), *A rachas* (1976), *El cuarto de atrás* (1978), *El castillo de las tres murallas* (1981) y *El cuento de nunca acabar* (1983); colabora como crítica literaria en *Diario 16* (de 1976 a 1980); compone el diario de *collages, Visión de Nueva York* (1980-1981); traduce a Eça de Queirós, William Carlos Williams, Virginia Woolf, Gustave Flaubert e Italo Svevo; y prepara los diálogos para el guion de la serie de televisión sobre santa Teresa. Títulos, modalidades literarias y actividades que nos recuerdan los heterogéneos intereses de Carmen Martín Gaite.

El 8 de abril de 1985, tuvo lugar el hecho más dramático en su vida, la muerte de su hija Marta con 28 años (antes del nacimiento de Marta, murió con seis meses de edad su primer hijo, Miguel). A partir de esta fecha y hasta el final de su existencia la desaparición de su hija permanecerá en todo lo que Martín Gaite callaba, decía y escribía. Tras la publicación de *Usos amorosos de la postguerra española* (1987), ensayo en clara conexión con *El cuarto de atrás*, Martín Gaite vuelve a la ficción con un cuento de hadas sobre una niña de Brooklyn que sueña con escapar de la rutina y adentrarse en el bosque de la gran ciudad: *Caperucita en Manhattan* (1990), donde rescata, en un contexto de duelo, una fe olvidada en la vida, el amor y el azar. *Caperucita en Manhattan* es una parábola de la libertad alcanzada a fuerza de amor.

Durante su segunda estancia y mientras componía *Visión de Nueva York*, el 2 de diciembre de 1980, la visita su hija Marta. Una de las primeras salidas fue para ver la estatua de la Libertad. Al fondo, las desaparecidas torres de *World Trade Center*. Esta imagen dialoga con uno de los *collages* del libro: «La libertad siempre da algo de miedo cuando se ve de cerca, ¿no lo sabías?».

A partir de 1987, con el Premio Anagrama de Ensayo, por *Usos amorosos de la postguerra española* se inició una espiral de reconocimientos públicos en forma de galardones: entre los más reconocidos, el Príncipe de Asturias de las Letras (1988), el de Castilla y León de las Letras (1991) y el Nacional de las Letras Españolas (1994). Se había producido el milagro fruto del esfuerzo, lo que ella llamó en el discurso de agradecimiento de este último premio «La edad de merecer». Sus últimas novelas *(Nubosidad variable, La Reina de las Nieves, Lo raro es vivir* e *Irse de casa)* fueron grandes éxitos de ventas en la década de 1990 y la convirtieron en la reina indiscutible de la Feria del Libro de Madrid.

Carmen Martín Gaite se agarró al trabajo hasta los últimos días de su vida, tenía muy aprehendida la lección de su padre de intentar finalizar cualquier tarea emprendida. Hasta el 19 de julio de 2000 seguirá escribiendo *Los parentescos*. Se morirá cuatro días más tarde, agarrada al inicio de un capítulo que no podía llamarse de otro modo, «La raya invisible», mientras retrasaba la forma de cruzarla, buscando con toda su fuerza de voluntad un final inconcluso como el de todas sus novelas.

El próximo 8 de diciembre de 2025 se cumplirán cien años de su nacimiento. Será preciso conocer la amplitud de una obra literaria, que no conviene reducir solo con la de una novelista. Martín Gaite en la historia de la cultura española es un paradigma de *mujer de letras*. Sus intereses literarios fueron múltiples y se desplegaron en distintas direcciones: desde los géneros literarios consabidos (cuento, novela, ensayo, conferencia, poesía y teatro) a ese híbrido que su hija bautizó como *Cuaderno de todo*; desde la investigación histórica a la crítica literaria; desde las adaptaciones teatrales de los clásicos y los guiones para televisión a la traducción literaria de seis lenguas (inglés, francés, italiano, portugués, rumano y gallego). Es difícil encontrar otro ejemplo de escritora con mayor heterogeneidad de intereses intelectuales en la cultura española (y no solo en la del siglo pasado). Esta exposición rinde cuenta a una de sus facetas creadoras y compositivas más personales: el *collage* pictórico y literario.

JOSÉ TERUEL.
COMISARIO DE LA EXPOSICIÓN

Carmen Martín Gaite prolongó esta segunda estancia americana. Su amigo José Luis Borau, que entonces vivía en Sherman Oaks (Los Ángeles), la invitó a pasar el Año Nuevo. Esta foto de enero de 1981, dedicada de puño y letra a Borau, dialoga con otro *collage* de la exposición: «Ya peinando muchas canas, puso proa a Hollywood, y se fue a vivir con un director de cine e [...] inauguró el año 1981 ¡estrenando unos vaqueros!».

CASA DEL LECTOR
Fundación Germán Sánchez Ruipérez
FMG Fundación Martín Gaite
Siruela